

Vicente Gómez Montero. Foto: Archivo

EL LEGADO LITERARIO DE VICENTE GÓMEZ MONTERO

Norma Domínguez de Dios¹

DOI: 10.19136/cz.a18n37.6696

Vicente Gómez Montero fue un referente de la literatura y el teatro desde fines del siglo XX en Tabasco, fue talentoso un escritor de oficio y uno de los narradores y dramaturgos más completos de su generación en una tierra de poetas. Gómez Montero nació el 17 de mayo de 1964 en el Puerto de Veracruz, pero radicado en Villahermosa desde temprana edad. Desde muy joven se inició en la locución tanto en el sector público como privado. Apasionado lector de una memoria prodigiosa, se integró a los talleres literarios de la Casa Museo Carlos Pellicer con el escritor Andrés González Pagés donde adquirió las bases para crear una obra muy personal, ingeniosa, provocadora y onírica.

Publicó una decena de libros entre los que destacan: Las puertas del infierno, relatos; Cuentos con las vocales, cuentos infantiles; Los órganos milagrosos, teatro y La enfermedad de la rosa, novela, entre otros.

Su talento mereció diversos reconocimientos como el Premio de Cuento de Editorial Usumacinta en 1988; el Premio Estatal de Periodismo en 1998 en el género cultural y el Premio Nacional de Dramaturgia Celestino Gorostiza convocado por INBA en 2004.

Hombre apasionado del teatro, fue director artístico de la Compañía de Teatro Celestino Gorostiza desde 1998 y ganador en el año 2010 de la Muestra Estatal de Teatro con su obra Las lámparas no son estrellas sobre la vida de Esperanza Iris.

Dirigió y escribió las obras: La fortaleza de los nombres olvidados, El triunfo de la mujer y La canción de Saló. En 2014 funda el grupo "Tras los rostros" con jóvenes universitarios, llevando a escena 6 obras de teatro. En 2015 recibió

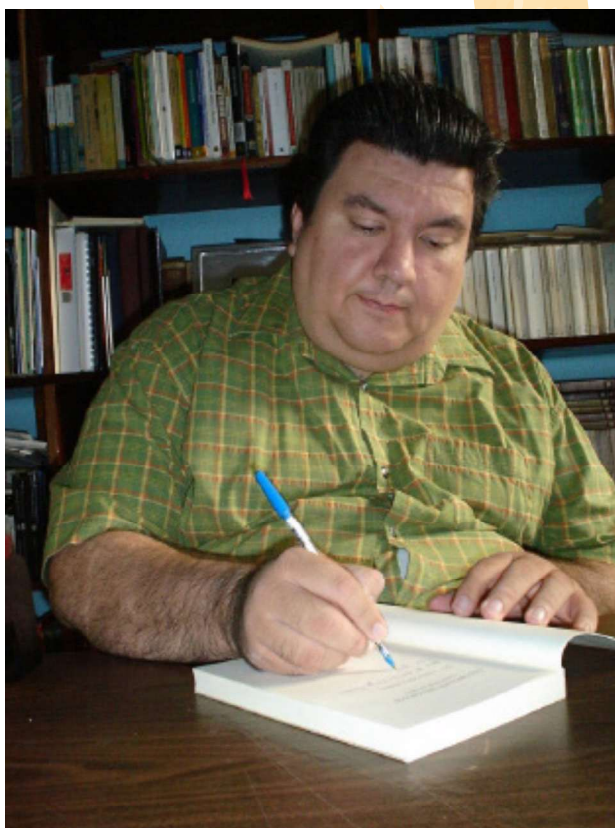
1 Lic. En Comunicación por la UNAM. Escritora y periodista tabasqueña.

la presea Celestino Gorostiza, por trayectoria teatral otorgada por la UJAT.

En el sector público dirigió la Casa Museo Carlos Pellicer y la Galería el Jaguar Despertado, además fungió como Director Editorial y Literatura en el Instituto Estatal de Cultura. De igual forma fue coordinador del Centro Cultural Villahermosa en el H. Ayuntamiento de Centro.

Participó en cientos de eventos culturales como encuentros literarios, festivales de teatro, ferias estatales y municipales, el Festival Ceiba, el Festival de la Ciudad, así como presentaciones de libros en otras ciudades de México.

Vicente Gómez Montero falleció en la ciudad de Villahermosa, Tabasco a los 61 años el 30 de noviembre de 2025 dejando un gran legado en el ámbito literario de Tabasco.



EL REPOSO DEL OGRO

Pieza en cuatro partes.

Personajes:

Cariela

Cierzo

Épocas: La Edad Media, finales del siglo XIX, Y actual.

Cariela es joven siempre. Guapa, bonita, altiva, inteligente. Cambia de vestido pero es la misma dominante de siempre.

Cierzo es un joven muy joven, adolescente pero listo. Nunca pasa de moda.

Por escenografía puede usarse un practicable que se vuelve una mesa, que se convierte en cama, dos sillas y un fondo que simula una ventana medieval, un pizarrón, una ventana de casa moderna. Un laúd, un mesabanco, un artilugio para convencernos del cambio de época son recomendables pero no indispensables.

La música señala épocas, no es lo principal.

I

EMPIEZA LA ACCIÓN

Cariela, inclinada por la ventana, llama a alguien. Éste, que no se ve, dialoga con ella mientras afina un instrumento de cuerdas. Ella es una dama hermosa, distinguida, con silencioso ceño y maneras adorables. Sin embargo, dicta instrucciones y agrega datos como si pontificase aunque luego se vuelva de una alegría innata.

Cariela.- Usted, sí, usted, el del laúd. ¿Qué canciones trae? ¿Alguna de lejanas tierras? ¿La de los infantes de Lara? No me diga. Ah, es usted muy malo. No. No puedo salir. El ogro que vive en este castillo me tiene presa y cautiva. (Ríe). No. Jamás dije tal cosa. Hablé de un ogro pero no de un esposo. ¿A cual teme más usted? (ríe) Al esposo, claro. (Ríe más). Es más tangible el marido. No. ¡Oiga, grosero! Váyase a... Sí, ahí mismo.

Cierra furiosa, la ventana. Camina por la estancia, toca algún airecillo medieval o lo canta, mejor aún; conversa con alguien imaginario.

No. He dicho que no. Sea usted prudente.

Mientras hace lo anterior, Cierzo se ha colado por la ventana. Cariela no lo ve y sigue su danza imaginaria. Es un joven juglar, desinhibido y más listo que el hambre. Mima las actitudes de la mujer pero al mismo tiempo como que se esconde de alguien. De pronto, Cariela lo ve.

Cariela.- ¿Quién eres tú, por dónde entraste? No quiero que veas mi intimidad. Si hago venir a los guardias, pronto serás fiambre del ogro. (Comienza a gritar) ¡Socorro! ¡Favor contra el malvado, felón agresor de mujeres!

Cierzo.- No, no grite. Ando huyendo, es por el bien de ambos. Si me encuentran me matan. ¿Si la dejo, me jura que no gritará? (ella dice que no con la cabeza). Bueno, conste.

Él la deja. Ella lo arroja lejos y grita. Él quiere volverla a detener. Se cansan. Se ven.

Cariela.- No gritaré si no te me acercas.

Cierzo.- No me le acercaré si no grita.

Dan una vuelta, recelosos. Parecen dos animalillos correteándose).

Cariela.- ¿Cómo entraste al palacio?

Cierzo.- Por la ventana.

Cariela.- ¿Quién eres tú?

Cierzo.- Cierzo, señora me llama el mundo y Cierzo desde hoy me llamarás.

Cariela.- Tienes nombre de viento, de aire, de tempestad.

Cierzo.- Soy peligroso. Daño la cosecha y quemo las flores.

Cariela.- ¿Qué hiciste, por qué te escondes?

Cierzo.- (De repente muy adulto)

Robé. Robé canciones de otros y las llevé por plazas y ciudades. Alegré corazones de niños y viejos y esa es mi fechoría innumerable. (Niño otra vez). Usted no va a delatarme, ¿verdad?

Cariela.- Yo no, pero el ogro que vive en el castillo sí lo va a hacer porque no le gustan los niños (macabra). Bueno, sí le gustan. Pero asados con papa y cebolla (ríe).

Cierzo.- No es verdad, no, no es verdad. (Se tapa los oídos. De pronto, se oye una voz fuerte que simula una risa, lo que causa tensión en ambos). ¿Nos habrá oído?

Cariela.- Es probable. Tiene un oído muy extraño y se indigna con la risa.

Cierzo.- Entonces, lo que le contaba al otro juglar, mi compañero, es cierto. Aquí vive un ogro.

Cariela.- Un ogro malo que se come a los muchachitos como tú en salmuera

Cierzo.- ¿Por qué no se la ha comido a usted?

Cariela.- (Con cierta tristeza). Porque yo no soy un niño de fuertes piernas y gráciles brazos como tú. Porque el ogro goza más con los gritos desgarradores de los muchachos que con los delicados gritos de las hembras. Porque en su sadismo, el ogro me ha enseñado a llorar cuando río y a reír cuando lloro. Y porque soy la que le consigue esos manjares al ogro. Uno de ellos eres tú. (Se lanza a gritar): ¡Ven, ven, ogro del castillo encantado! ¡Ven a llevarte a este intruso! A comértelo crudo, a cenártelo, a chuparte los dedos con su grasa, a limarte los dientes con sus huesos.

Cierzo.- (Aterrado, la detiene) ¡No lo llame! ¡No lo llame!

No hallando como callarla, le da un beso. Se detiene el momento. Todo se fuerza a este silencioso beso.

Cariela.- Me besaste. ¿Por qué lo hiciste?

Cierzo.- No sé. Mientras la besara, usted no podría gritar y el ogro no me comería. Al menos eso pensé.

Cariela.- Pues eres un necio. El ogro vendrá de todas formas. Es malo. Devora niños sin piedad y siempre encuentra uno al que odie más que el anterior.

Cierzo.- No. (Buscando de nuevo la salida). Bueno, ahora sí... ya me voy. (Quiere irse. Forcejea en una puerta).

Cariela.- (Ella lo mira divertida) No, por ahí no es. (Cierzo forcejea en otra). No por ahí tampoco. (Cierzo trata en otra. La risa de Cariela lo derrota. Se sienta en el suelo con la cabeza entre las manos).

Cariela.- Bueno. Cuando el niño llora es el momento mejor para llamar al ogro. Para que el monstruo venga y concluya su tarea macabra. La tarea del villano.

Cierzo.- (Con lágrimas en los ojos) ¡Llámelo, llámelo de una buena vez y déjeme morir como entré siendo un don nadie! (La cabeza entre las manos. Ella lo mira).

Cariela.- ¿Qué dijiste?

Cierzo.- Que lo llame de una buena vez y que termine...

Cariela.- No, eso no. Lo último. Lo de que eres un don nadie.

Cierzo.- Sí, si fuese un caballero, uno que viniera cabalgando en caballo, con armadura y yelmo, con botas y armas. Usted entonces le hubiera abierto las puertas del castillo. Porque seguramente, él vendría por la puerta principal, tocando fuerte la trompeta, siendo alguien. En cambio yo. Entré por un pasadizo, me escurrí por entre las ollas, por entre las escobas y vine a parar aquí, en su recámara. Al caballero le abriría usted las...

Cariela.- Óyeme...

Cierzo.- (Pícaro)... las puertas de su cámara. A mí me abre las fauces del ogro, para que me coma, para que me extermine, como al más inútil de los juglares de la comarca.

Cariela.- (Después de verlo compasiva un momento) Buu... Buuu... Soy un juglar malo, grosero y don nadie. Por eso no puedo obtener el amor de las damas, porque soy vulgar y cazachudo... (Se ríe). Pero niño, el que se vino a meter a esta carnicería fuiste tú. Yo sólo te di la tarea de seguirte el jueguito.

Cierzo.- ¿Entonces, no hay un ogro malo en este cuento?

Cariela.- Por desgracia, sí. En eso no puedo mentirte, hay un ogro malo y en este momento vas a caer en sus garras. ¡Ven, ogro malo, ven! Aquí hay carne fresca, carne de nuevos nervios... de recias piernas... de brazos delgados.... de hermoso rostro.

Ella lo toma, lo tira en la cama, lo ama con pasión ruidosa. Él se deja y terminan mimando una curiosa escena de amor. Entra el tema de la obra, fuerte hasta el final.

Oscuro

Se escucha el laúd entre el oscuro. Al volver la luz, Cierzo, sin camisa, armoniza el laúd. Cariela, en una blanca bata, se despereza en la cama.

Cariela.- Hola, pequeño juglar.

Cierzo.- Hola.

Sigue en el laúd. Como no le hace caso, ella canta:

Cariela.- El pañuelo de la reina,
Se llevó el agua al río.
Ay, ay, ay.
Con sus emblemas de oro,
Yo tendré que darle el mío.
Ay, ay, ay.
Bordado con los cabellos,
Dorados de mi galán.

Viendo que Cierzo sigue en su mutismo.

Cariela.- ¿Qué te pasa? Hoy estás muy callado. (Cariñosa, insinuándose). Anoche me dijiste cosas muy hermosas. Parecíamos una parejita de esas de los cuentos de mi amigo el juglar.

Cierzo.- ¿Con el que hablabas por la ventana?

Cariela.- Sí, ese. ¿No viste? Él ya es muy mayor. Por eso el ogro no lo quiere. Ya es muy grande. Sí, por eso el ogro no lo aprecia. El ogro sólo gusta de jóvenes de tu edad, de niños recién hechos, de muchachos que han salido del cascarón y que aun huelen a la leche que les dejaron sus madres en los labios después de amamantarlos.

Cierzo.- No creo que hayas amamantado a nadie.

- Cariela.- Claro que no. Desde un primer momento, el ogro no quiso hijos. Teme que le pase a él lo mismo que lo que le ocurrió al ogro de Pulgarcito. Ya sabes, el que mató a sus hijas creyendo que eran Pulgarcito y sus hermanos.
- Cierzo.- ¿Me vas a decir que el ogro tiene miedo?
- Cariela.- Mucho. Teme a un héroe que vendrá un día y lo matará. Que lo hará picadillo dándoselo a comer a los perros. Teme porque este héroe lo encuentre viejo y achacoso, que lo haga llorar mientras lo ajusticia.
- Cierzo.- Entonces, el ogro debe morir, por maldito y por cobarde.
- Cariela.- No, no es cobarde. Dicen que alguna vez fue un caballero, que respetaba las reglas de la caballería y que le gustaba jugar con las doncellas. Pero que un día, una princesa lo engañó y el caballero se fue volviendo ogro malo, venenoso, cruel, dueño de un sin fin de hechizos. Él me protege, me cuida. Yo cuido su heredad y, mira, ahora que estábamos por festejar diez años de feliz enclaustramiento, apareces tú y lo echas todo a perder.
- Cierzo.- No, yo no hice nada. Tú abriste la ventana, yo huía. Me diste posada, me metiste en tu lecho, tu lecho de bajeza y me diste lo que hace mucho tiempo no tenía.
- Cariela.- ¿Sexo?
- Cierzo.- Inspiración. No componía nada desde hace muchos meses. Estaba en la ruina, mis colegas juglares componían bellas canciones a sus novias y amadas. Iba siendo pobre entre los pobres cuando ayer... mientras nos metíamos en tu cama, me inspiraba para componer los sonos más hermosos, hijos de tu furor y de mi miedo al ogro.

Cariela.- Entonces, no fue en vano nuestro encuentro. No fuimos hijos de una pasión estéril, fuimos musa y poeta por una breve eternidad hasta, hasta...

Cierzo.- (Violento) Hasta que te volviste la conseguidora del ogro.

Cariela.- (Dolida) No me insultes.

Cierzo.- ¿Sabes? Eres una leyenda. La princesa Cariela a quien el ogro malvado raptó en su noche de bodas. Desde ese día, vives en el castillo encantado, dócil y sumisa, concubina del monstruo. Dicen que a cambio de la juventud eterna, el ogro te exige muchachos. Que los seduzcas, los atraigas, vengas por ellos, hechizándolos con tus encantos, fornicándolos y después... ¡dándoselos al monstruo!

Cariela.- (Dolida) ¡Cállate!

Cierzo.- ¿Por qué? Me invitaste, pasé, abriste la ventana y yo, que robé canciones para subsistir, tuve que plegarme a tus encantos. Dicen que para llamarlo, tienes que sonar una campana que dice cuando vas a mandar a los chicos al infierno del ogro. (Él continúa). Claro, no contaste con que ibas a caer a mis pies, que te enamorarías de mí, que no puedes entregarme al ogro y que ahora, perderás tu juventud eterna por mí. Estás acabada. (Sumamente glorioso) Fin del cuento.

Queda ufano. De pronto, lo que se pensaba era llanto de Cariela se vuelve una risa nerviosa, histérica, diabólica que desconcierta al joven.

- Cariela.- (Riendo aún) ¡Qué bárbaro! ¡Qué presuntuoso! Nunca había conocido a alguien como tú. Presumido, patán, fanteche. ¡Vístete, mugroso juglar! ¡Serás la comida preferida del ogro!
- Cierzo.- No me delatarías.
- Cariela.- ¡Ponme a prueba! (Va a tocar la campana. Él la detiene).
- Cierzo.- Espera. No me delates. (Sincero) Le tengo mucho miedo al ogro.
- Cariela.- ¿A qué viniste, entonces? ¿No sabes que el ogro es pérfido, malvado, cruel? ¿No sabes que devora seis o siete niños, dos crudos y cinco asados para desayuno? No, juglar, te metiste en la boca del lobo y ahora quieres sacar provecho. Eres un limosnero con garrote, no te mereces el amor de una reina.
- Cierzo.- Princesa, no te subas a la luna
- Cariela.- Soy la reina de este palacio. Donde el ogro vuelca sus bondades en mí. No sabes qué hermoso es ser su amada, la amada del monstruo. En invierno me obsequia sus huellas congeladas para que me sirvan de charolas; en verano, las anémonas de su traje engalanan mis habitaciones. Nada me falta a su lado, nada me es ajeno, nada me es negado...
- Cierzo.- Salvo la felicidad. (Pausa). Sí, princesa de los amores monstruosos, no eres feliz porque el ogro secuestró tu belleza, así como otros secuestraron la inspiración

impidiéndonos robarla a los juglares. No eres feliz porque estás prisionera en el castillo encantado, donde ves pasar tus días, presa, olvidada, sola.

Cariela.- (Llorando). Ayúdame, ayúdame.

Cierzo.- (Abrazándola) Anoche te ayudé, anoche fuimos libres, tú del ogro, yo de los que me persiguen. Pero la libertad dura lo que duran los orgasmos, un momento nada más. Ayer fuimos libres, hoy tenemos que volver a nuestras cárceles, a nuestros miedos.

Cariela.- ¡Ayúdame a matar al ogro!

Cierzo.- ¡Estás loca! (la deja, ella lo sigue).

Cariela.- Sí, sí. Enloquecí cuando callaste mi boca para que no gritase, para que el ogro no viniera. Desde ese momento, estoy loca por salir, por degustar el cielo, el invierno y el verano por mí misma. Sólo tú, que viniste a remover mis ensueños, sólo tú vas a salvarme de la tragedia de vivir con el monstruo sin amarlo. Ayúdame, ayúdame, hermoso juglar, ladrón de canciones, hazme salvarte y sálvame a tu vez.

Cierzo duda, piensa, busca una razón. Por fin, se vuelve hacia ella, la besa, la quiere, se abrazan. La deja, se miran diciendo algo.

Cierzo.- (Decidido) ¿Cómo lo hacemos?

Cariela.- Mira, el ogro se adormece con música, su oído es tan extraño que escucha perfectamente un alfiler cuando cae, pero si es música de dulce encanto, entonces

vibra como un abedul y se adormece recordando su linaje de estirpe fantástica. Mientras duerme, podremos verter este líquido azul en su boca. Al sentir su sabor ácido, se despertará. Su muerte será brutal porque es un veneno de lento impacto... Al morir, los encantos se romperán y todos seremos libres.

Cierzo.- Bien.

Viste la casaca, pulsa el laúd, entona una melodía, ella sale. El juglar queda sólo en escena tocando su instrumento. De pronto, se escucha un ruido, algo pesado que cae. El juglar sigue tocando. Entra Cariela. Camina despacio. Avanza lentamente. Posa su mano en el hombro de Cierzo, a sus espaldas. Él deja de tocar.

Cierzo.- Murió, ¿verdad? Pero tú envejeces mientras él va agonizando. Eres muy, muy vieja. Tienes más de cien años y vivías con el ogro porque hace más de cien años que no venían juglares o muchachos a las garras del monstruo. Hoy lo mataste, y también mataste a tu juventud eterna. Oye, oye cómo caen los hechizos mientras el ogro muere. Ahora ya ha muerto, falta el último de todos, el más poderoso, el más fuerte, el que te hace joven. (Finalmente, murmura): ¡Fin del cuento!

Ella muere, él llora. Toca su laúd mientras se hace un
Oscuro